

393 (Muerte)

C. R. Villanueva



Image not found.

Capítulo 1

La niebla se lo traga todo. Da igual cual sea su densidad y su tamaño. Ella arrasa con todo. Es uno de los fenómenos de la naturaleza más fantasmagóricos. Desde el principio de los tiempos ha resultado carne de cañón para novelistas, poetas y cantantes. Plasmarla en foto, cuadro o cualquier otra expresión artística es difícil, aunque es más complicado describir la sensación de ahogo, de estar rodeado por algo que no se puede siquiera tocar, esa sensación tenía Amanda cuando llegó ante aquel imponente edificio.

Aún no creía que lo hubiera conseguido. Que hubiera sido la mejor entre cinco mil personas. Sonrió y pasó las grandes puertas metálicas.

Caminó despacio, sin dejar de observar la imagen decimonónica de la fachada. Esas gigantescas esculturas, una escalera que parecía llevar hasta el cielo. En realidad llevaba hasta el conocimiento, la cultura, la historia.

Giró hacia la derecha. Justo debajo de la parte más alta de las escaleras se escondía una puerta acristalada por la que salía y entraba el personal. Empujó la puerta y entró a una sala blanca como la harina y con potentes luces fluorescentes. Frente a ella un arco de seguridad y detrás un mostrador tras el cual le sonreía una chica uniformada y un hombre de mediana edad con uniforme de seguridad.

Se acercó.

–Tú debes de ser Amanda– dijo la chica con una amplia sonrisa. –Ya era hora de que alguien nuevo entrara en esta institución– añadió sin perder la mueca divertida de su rostro aniñado.

–Gracias– logró pronunciar Amanda.

El hombre no dijo nada. Simplemente le enfocó con una web cam. Tecleó sus datos en el ordenador e imprimió una tarjeta con su cara en blanco y negro y sus datos. Unas letras rojas le indicaban que se trataba de algo provisional.

Una vez pasado el trago del arco de seguridad. Se quedó en un pasillo en penumbra a la espera de que llegara su jefa del departamento de proceso técnico.

Miró el reloj, sólo había pasado un minuto. Esperaba que apareciera pronto, no quería estar más tiempo allí mientras su cabeza bullía de ideas. Cada vez que entraba en un trabajo nuevo las dudas de su profesionalidad la paralizaban y la hacían caer en un estado de depresión continua. No le gustaba cambiar. Cambiar significaba tener que mostrarse amable con todos, tratar de conectar con las personas y tratar de agradar a jefes que la mayoría de las veces se creían por encima de uno. Resopló y cambió el peso de su cuerpo al otro pie. Deslizó el dedo de arriba a abajo para que Twitter actualizara su timeline. Los momentos de espera ya no serían lo mismo. Desde que existía ese pequeño cacharro el aburrimiento en los transportes, las esperas en el médico, el que un amigo llegara tarde, daba igual. Nunca más estaría sola. Además quitaba el trago de entrar en algún lugar y hablar con alguien esas palabras insulsas y sin importancia.

Siempre se escudaba detrás del teléfono. No le gustaba la compañía. Por eso se había hecho bibliotecaria, en muchos de los lugares de trabajo en los que había recalado la relación con las personas era escasa. Le gustaban los libros. Contaban lo mismo que las personas pero de forma sosegada y sin malentendidos, sin sonrisas falsas. Ellos no fallaban. Los pasos ahogados la sacaron de sus pensamientos. Guardó el móvil. Se alisó la camisa y colocó su abrigo en el brazo izquierdo. Inspiró para instalar en su cara una expresión serena y amable a la vez. Ladeó ligeramente los labios hacía un lado.

Una mujer apareció al fondo del pasillo. Llevaba una bata blanca y un libro junto a su pecho.

–¿Amanda?– preguntó elevando los ojos por encima de unas gafas redondas.

Ella asintió y la mujer la escrutó con curiosidad.

–Soy Blanca, jefa del departamento de proceso técnico. Acompáñame.

Dicho eso, Blanca se giró hacía la izquierda seguida de Amanda.

Aquello era mas grande de lo que hubiera imaginado. Pasillos laberínticos rodeaban un gran patio cubierto por una cristalera fuera de lugar. La luz era tamizada por cristales oscurecidos por el tiempo. Había una gran variedad de épocas que se mezclaban sin ninguna razón.

Muebles descartados de las salas históricas quedaban para servir a los funcionarios de descanso en los largos pasillos, cuadros de poca calidad colgaban de paredes del siglo XXI junto a ordenadores de principio de siglo que compartían estantes y muebles con fichas amarillentas; lectores de microfichas junto a tablets y libros de siglos pasados se apilaban en las mesas de color abedul y sillas de trabajo dispares que se repartían por todos los despachos.

Llegaron a un pasillo en el que a ambos lados se repartían despachos descubiertos, únicamente privados del exterior por grandes ventanales.

Fueron entrando uno por uno, saludando a los que iban a ser sus compañeros. Amanda sonreía ante las palabras de bienvenida. Sabía que aquellas palabras eran simples y llanamente una convención social. Ya había aprendido que a pesar de ser amables no significaba que quisieran su amistad.

Eran las once y media cuando una de sus compañeras que se encontraba en el despacho de enfrente entró.

–Hola ¿bajas al café?– le preguntó con amabilidad y una sonrisa educada.

Amanda levantó la vista de la guía que tenía apoyada en el regazo y tuvo que parpadear varias veces hasta enfocarla.

Asintió y dejó todas las cosas sobre la mesa.

La cafetería a esa hora bullía de actividad. El sonido de la cafetera, de platos, tazas y el murmullo de las personas la impactaron después de tirarse dos horas en absoluto silencio.

Era un lugar con la misma luz que el resto de despachos. Si no hubiera sido por las bombillas artificiales a penas se vería nada.

Pasaron primero por caja y una amable anciana le tendió unos tickets.

–Mañana te darán la tarjeta de comidas, imagino– comentó su

compañera.

Reconoció a algún que otro compañero y éstos la saludaron con la mano.

–Buenos días, veo que tienes compañía nueva hoy– le dijo el camarero que las esperaba tras la barra con diversión a su compañera.

–Sí. Ella es Amanda. La nueva– contestó remarcando la última palabra.

La expresión del camarero cambió un segundo y miró a Amanda de forma extraña.

–¿Qué os pongo?

–Para mí lo de siempre y ella...– la chica la miró esperando su respuesta.

–Un café solo, por favor.

Esperaron unos minutos hasta que les sirvió dos cafés y una tostada de pan con aceite y tomate.

Amanda seguía a su compañera, observando cada detalle. Guardándolo para no perderse.

Se sentaron al fondo de la cafetería.

–No me acuerdo de tu nombre– comentó Amanda después de unos angustiosos segundos en silencio.

La chica sonrió.

–Soy Zahara de catalogación de monografías– contestó con una amplia sonrisa.

El resto del tiempo callaron mientras cada una pensaba en sus cosas.

Zahara era bastante popular, pues al terminar su desayuno se levantó para acercarse a una mesa llena de chicos jóvenes y estuvo con ellos un rato parlotando mientras no dejaba de tocarse el pelo y echar la cabeza hacía atrás.

Amanda la observaba. Siempre había querido ser ese tipo de persona, despreocupada y simple. Envidiaba su imagen de mujer sofisticada pero simple, que reía cada tontería de aquellos chicos.

Miró la hora. Eran algo más de las doce y la cafetería se iba vaciando. El grupo de chicos se levantó y uno de ellos rodeó a Zahara para girarla sobre si misma. Ella no paraba de reír y de tratar de apartarlo. Pero en su expresión se veía que adoraba toda esa atención.

Amanda se levantó para seguirlos cuando un hombre de mediana edad que recordaba de uno de los despachos contiguos se interpuso en su camino con una amplia sonrisa.

–Así que eres Amanda la sustituta– soltó mirándola de arriba a bajo.

Ella se quedó pensativa y asintió.

–Espero que tengas más suerte que la anterior–afirmó.

La última palabra se le quedó atascada y tuvo que toser. Torció los labios esperando que una sonrisa llegara a unos ojos castaños oscurecidos.

–¡Amanda!– la llamó Zahara desde la puerta.

Ahora se preocupaba por ella. La insistió con la mano y puso cara de enfado.

Amanda echó a andar no sin antes girar la cabeza para ver al hombre que contenía a duras penas unas gruesas lágrimas que resbalaban por su rostro.

Amanda tuvo que echar a correr para alcanzarla y no perderse por aquel mar de pasillos y escaleras.

Cuando la alcanzó se puso a su lado.

–¿Qué a querido decir con eso?

–Nada, no le hagas caso. Imagino que sabrás que has venido a sustituir a otra persona. Ella se marchó– la última palabra se le quedó atragantada y tuvo que aclararse la voz. –¿Te ha gustado el café? Porque es horrible.

Mantuvieron una charla insípida el resto del camino hasta que llegaron a sus despachos y Zahara se despidió de ella.

El resto de la mañana transcurrió sin ningún sobresalto. Los trabajadores fueron dejando sus puestos de trabajo hasta que el más absoluto silencio se apoderó de la gran institución.

Amanda levantó la vista de su guía de usuario para comprobar que estaba sola. Sonrió y tecleó en el ordenador el nombre de un reproductor de música online. Lo abrió y conectó la música que invadió cada palmo de la habitación donde la habían recluido.

Suspiró. Ya era hora de que tomara las riendas de aquel lugar. Se levantó y comenzó a cotillear por todas las estanterías. Los libros profesionales se mezclaban con monografías sin catalogar o con lecturas inacabadas.

Frunció el ceño ante tal colocación. Sacó todos los materiales. Los fue colocando sobre su mesa, encima de la silla y sobre un tablero alargado de conglomerado que hacía las veces de mesa o estante.

Se paró delante de las estanterías y se quedó mirando su obra. Había vaciado dos estanterías en media hora. Se pasó la mano por la frente y se sentó en el suelo pensativa. Aún tenía en su mano una chifla algo oxidada que había encontrado oculta tras los libros. La giró varias veces hasta decidir donde colocarla. No tenía sentido que estuviera allí, debía de estar en restauración, pero aún así la colocó en el bote junto a los bolígrafos y las tijeras.

Miró el reloj. Eran algo mas de las cuatro. Se había olvidado por completo de comer. Apagó las luces y mientras caminaba por los pasillos silenciosos se fue colocando el abrigo. Pasó el arco de seguridad y saludó a la chica de recepción y al hombre de seguridad.

La mañana amaneció tranquila. Los coches paseaban por las calles. Salió de casa con una amplia sonrisa, deseando colocar todos los libros.

Las luces estaban encendidas cuando entró en el pasillo. Se oía el murmullo ahogado de sus compañeros en sus despachos. Blanca salió a saludarla y a darle unas instrucciones. Debía de bajar al sótano tres a por una donación que debía catalogar.

Siguió caminando hasta llegar a su despacho. Cuando encendió la luz su expresión se tornó pálida.

Su mesa estaba despejada y la silla en su lugar. En el tablero no había absolutamente nada. Se quedó paralizada y por un momento el terror se apoderó de ella al ver todos los libros colocados en las estanterías. Se giró y entró en el despacho de enfrente donde una Zahara más elegante que el día anterior tonteaba con el informático.

–Hola– logró pronunciar Amanda.

Zahara la fulminó con la mirada.

–Hola– contestó el chico que tecleaba deprisa.

–¿Sabes si alguien ha colocado los libros que ayer dejé sobre la mesa?

–No, nadie entra en los despachos de nadie y se pone a colocar. ¡Qué locura!– contestó con rotundidad y riéndose sonoramente a la vez que palmeaba la espalda del informático que ahogó una risa forzada.

Amanda salió del despacho de Zahara tan deprisa como pudo.

Entró al suyo y sintió un escalofrío. Sacudió la cabeza y encendió el ordenador.

Blanca le había enviado un correo con los datos para bajar al depósito.

Había un plano adjunto que le indicaba qué ascensor debía coger.

Apartó un papel de los que había sobre la mesa colocados como el día anterior y al ir a coger un bolígrafo vio que la chifla había desaparecido.

Mantuvo la mano sobre el bote hasta que se percató de lo que iba a hacer. Tomó los datos y se levantó.

Cada dos por tres miraba el plano en el móvil y las indicaciones, casi nulas, que se encontraban en los pasillos. Tuvo que retroceder dos veces porque había tomado el pasillo equivocado.

Por fin encontró el ascensor que daba a esa parte de los depósitos.

Cuando fue a darle a la tecla para llamarlo se percató que debía introducir su tarjeta.

Ofuscada por todos esos problemas, al dar media vuelta se topó con un hombre que llevaba un carrito repleto de libros.

–Lo siento– se disculpó Amanda.

El hombre tuvo que frenar con el carro para no atropellarla y jadeaba. La escrutó con unos ojos como pozos negros.

–¿Sabe dónde está personal?

El hombre no apartaba los ojos de ella. De pronto como si algo saltara en su mente, sus labios finos y resecaos se abrieron mostrando unos dientes amarillentos por el tabaco.

–Voy para allá– contestó invitándola con la mano a que lo acompañara.

Se encogió de hombros y comenzaron a caminar.

Éste no le quitaba los ojos de encima mientras empujaba el carrito que chirriaba cada dos por tres. Una de las ruedas no giraba bien y se torcía produciendo que tuviera que dirigirlo todo el rato hacia la dirección correcta.

–¿Eres nueva?

–Sí, empecé ayer. Estoy en proceso técnico.

El hombre se paró en seco. Amanda lo miró de nuevo. Los ojos del hombre la taladraron y aquella sonrisa amable se transformó en una mueca. Sus pupilas se dilataron y su mano se extendió hasta casi tocarla. Ella se apartó de él como acto reflejo.

–No está bien. Ella no lo aceptará.

–¿Ella?

–Desde que murió la chica que estaba en tu puesto, han pasado cosas extrañas– el hombre la observó y negó con la cabeza.– Las cosas se mueven de sitio y en el depósito...

Amanda abrió mucho los ojos y tragó ruidosamente. Apretujó el papel que llevaba en la mano.

–¿Qué le pasó a la chica?– se atrevió a preguntar.

–Al parecer se suicidó– se quedó en silencio y escrutó la expresión horrorizada de Amanda.– Yo la conocía bien, no era de esas.

–¿Por qué lo hizo?

–Dicen que el director, que antes era el jefe de su departamento, la tenía manía– negó con la cabeza e hizo sonar sus dientes.– Pero no fue eso. Yo veía cómo la miraba y la tenía de todo menos manía. Al director... siempre le han gustado las jóvenes. Ya me entiendes–agregó guiñando un ojo y frunciendo los labios.

–¿Usted cree que le hizo algo?– inquirió Amanda mirándole fijamente. El hombre movió ligeramente la cabeza afirmando las sospechas que siempre había mantenido y se encogió de hombros.

–Nadie se suicida sin motivos de la noche a la mañana. Ella llevaba unos meses apagada pero, aquella semana estaba decidida a cambiar las cosas. Estaba harta de ser el juguete de él– sentenció el hombre.

Llegaron a una intersección. El hombre giró el carrito.

–Sigue recto por ahí y llegarás a personal– dicho eso la saludó con un movimiento de la mano y desapareció por el pasillo de la izquierda.

Todo aquello había sido extraño, pensó Amanda una vez dentro de un renqueante ascensor. Era impresionante que debajo de ellos hubiera cinco plantas de sótano. No quería pensar que encima de su cabeza tendría dos plantas repletas de libros, estanterías y de tierra. Sintió un escalofrío. Cuando llegó al depósito el silencio reinaba a sus anchas como en un campo santo. Tenía la puerta sujeta con una mano. Frente a ella un cartel con tipografía de ordenador y letras gigantes recordaba colocar una cuña para que la puerta no se cerrara. Amanda bajó la vista al suelo y localizó el pequeño trozo de madera que sujetaba la puerta. Lo miró con recelo y lo colocó en su lugar. Aquello no parecía muy fiable, pensó mientras observaba el vasto espacio que se extendía ante ella. Recordó las palabras de su jefa en el mensaje. "Avisa cuando bajes al depósito, si en una hora no has vuelto el auxiliar bajará a por ti."

Un terror la inundó por un segundo. Aquel encuentro con Zahara la había descolocado. Se había olvidado por completo de avisar que bajaba.

Esperaba que se dieran cuenta de que no estaba en el despacho.

Amanda inspiró y comenzó a caminar siguiendo las indicaciones de Blanca. Las estanterías compactas de metal sobrepasaban su cabeza hasta llegar al techo. Miró un momento y pareció que se movían según caminaba.

Los números se sucedían hasta el infinito. Se paró en seco al reconocer en el suelo la chifla que el día anterior había colocado en su escritorio. Estaba ligeramente curvada y el mango presentaba unas estrías sobre su pintura roja.

Se agachó para cogerla. De pronto un aire frío recorrió su espalda y la hizo levantarse demasiado deprisa. Los objetos temblaron un segundo y su vista se nubló.

Amanda se sujetó en uno de los estantes. Miró para ambos lados tratando de localizar de donde provenía aquella corriente. Desde allí no podía ver la puerta pero no había escuchado nada, así que permanecía abierta. Miró hacia el techo y los fluorescentes la cegaron.

Miró los números currens que tenía a su lado y localizó el que le había dado Blanca. Se acercó y con una manivela comenzó a mover las estanterías. Por fin un poco de ruido pensó al escuchar como los rodamientos rodaban por los carriles moviendo aquellas moles llenas de libros.

Caminó hasta llegar al final del pasillo que se había formado y donde la luz a penas llegaba. Paseó el dedo por las etiquetas metálicas que localizaban cada conjunto de la colección. Allí estaban los libros que habían donado hacía unos cuantos años, dedujo al ver las hojas amarillentas y las tapas roídas por algún tipo de roedor. El dueño no había tenido mucho cuidado con ellos, le reprochó mientras observaba el mal estado del resto de la colección. Eran tres estantes más del que ella estaba analizando. Debería haber cogido un carrito. Dejó los libros sobre el estante vacío y salió a la luz blanquecina de hospital para buscar algo donde llevarse todos aquellos ejemplares. Recordaba haber visto un carro, pero no se acordaba donde.

Llegó hasta el fondo del depósito y nada. No había forma humana de que llevara todos los ejemplares de una vez. Llegó a la entrada y salió un momento para ver si allí había algo con lo que transportarlos.

Desesperada, se giró para entrar y llevarse unos cuantos. Ya bajaría después a por el resto. Cuando llegó al pasillo, ya no estaba. La estantería había vuelto a su anterior lugar. Extrañada miró dos veces el número que tenía apuntado y el que aparecía en el lateral. Era el mismo. Sacudió la cabeza, no recordaba haberla movido.

Tomó la manivela. Estaba helada. La soltó porque comenzó a entumecerse la mano. Sopló sobre ella y la frotó contra la otra. Volvió a tomarla y giró deprisa antes de que aquel frío le congelara la mano.

El nerviosismo la hacía caminar tan deprisa que a penas podía leer los números y las indicaciones de las signaturas. Su cerebro sabía donde los había dejado, pero allí todos los libros estaban en su lugar y no parecía que se hubieran movido en mucho tiempo.

No podía ser. Los sacó de nuevo y los dejó sobre sus tapas apoyados en el borde de la misma. Cogió los de arriba y repitió la operación. Salió de nuevo al pasillo central y esperó.

Esperó a ver que sucedía.

El silencio hizo que comenzara a escuchar sus propios sonidos. Oía como el oxígeno penetraba por sus fosas nasales y llegaba hasta sus pulmones para después ser expulsado en forma de dióxido de carbono que se escapaba entre sus dientes. El martilleo de la sangre en sus oídos era como unos pasos por una casa abandonada, constante y espeluznante a la vez. Parecía que nada más podía escuchar hasta que un silbido procedente del fondo del depósito la dejó paralizada. La ligera brisa le removió el cabello castaño que le caía sobre los hombros. Tembló ante el hielo que parecía haber comenzado a aparecer en la manivela.

Aquello no era normal.

Amanda entró de nuevo en el pasillo y recogió los libros que ella misma había descolocado. Se llenó las manos de ejemplares del quijote amarillentos, de novelas del oeste y de ensayos sobre la economía de los

cincuenta. Los dejó en el suelo para cerrar de nuevo la estantería cuando una voz lejana gritó:

–¡No se dejan los libros en el suelo!

El vello se le erizó y recogiendo los libros como pudo echó a correr.

Amanda apretó el paso después de haber oído aquellas palabras. No tenía gracia. Alguien estaba tratando de hacerle pasar miedo. Los depósitos siempre eran siniestros.

Lugares silenciosos donde los libros esperaban a ser rescatados, a ser leídos y utilizados por alguien. Era el cementerio de los pensamientos, miles; millones de ideas descansaban sin ser leídas durante décadas. Corría y corría. No terminaba de llegar al final de aquel largo corredor principal. Las estanterías pasaban a su alrededor desdibujadas. La temperatura era cada vez más baja y el aire entraba rasgando su garganta. Su corazón bombeaba tan deprisa que parecía querer salir de su cuerpo. Sus brazos apretaban contra su pecho los libros tan fuerte que las tapas y las esquinas se le estaban clavando en varias partes de sus brazos. Las manos le hormigueaban ante la falta de circulación.

Corría y corría hasta que giró y se topó con la puerta cerrada. La cuña de madera había desaparecido. Amanda se echó contra ella y la aporreó. Soltó los libros, que se cayeron al suelo con gran estruendo, y comenzó a tirar del manillar. A penas se movía.

–¡Ayuda!– gritó Amanda una y otra vez sin obtener respuesta.

Golpeaba la puerta con todas sus fuerzas. Tiraba del manillar en todas direcciones. De pronto sintió que no respiraba bien. Ella inspiraba y no entraba el aire suficiente. Las luces se apagaron, quedando solo las de emergencia.

El miedo a perder la vida la hizo reaccionar y comenzó a pensar. Se palpó el bolsillo y sacó el smartphone. No había cobertura. Encendió la linterna y recogió los libros.

Llevaba allí media hora. Solo debía aguantar otra media y alguien iría a por ella.

Un ruido sordo la sobresaltó. Enfocó con el móvil hacía el lugar y no vio nada.

¡Pum!

Se giró y escrutó la oscuridad.

El ruido continuó hasta que vio que eran los libros cayendo de las estanterías. Las compactas se movían y los libros caían. Amanda se tapó la cara.

–¡Basta! ¡Ya basta!– gritó con desesperación.

Se tapó los oídos, pero aún así oía los sonidos de miles de libros cayendo cada pocos segundos.

–¡Esto no tiene gracia!– chilló cuando sintió una brisa escalofriante en su espalda.

Oyó una risa amarga en la lejanía.

El silencio se hizo en el depósito y el último sonido que Amanda oyó fue la chifla que había recogido cayendo sobre el suelo. Aterrorizada se echó contra la puerta y se dejó caer al suelo.

Ante ella comenzó a emerger una mancha negruzca alrededor de la chifla.

Amanda cerró los ojos y comenzó a inspirar más despacio. El aire estaba cargado de un olor metálico que le revolvió el estómago. El oxígeno era cada vez mas escaso y rasgaba al entrar. La boca se le estaba secando. Apretaba los libros contra su pecho intentando sentir otra cosa que no fuera el frío que se había instalado en la sala y aquel olor metálico que cada vez era más intenso y putrefacto. Abrió los ojos. La chifla estaba pegada a la mancha del suelo.

Comenzó a sentir un ligero mareo. Ella inspiraba profundamente pero el aire no parecía entrar. Abría la boca intentando captar mas, pero nada. La garganta le ardía y el pecho le dolía.

–¡Noooo!– un chillido desgarrador de mujer le rompió los tímpanos.

Soltó los libros para taparse los oídos.

Aquellos chillidos fueron en aumento y acompañados de jadeos.

–¡Déjame en paz!– el grito parecía proceder de la ultratumba.

–¡Ya eres mía!– dijo la misma voz tratando de imitar a un hombre con un tono más grave y unas carcajadas retumbaron en el depósito.

Amanda se aovilló temblando. Aquellos sonidos no tenían sentido ninguno. Ella estaba sola allí abajo.

Los chillidos cesaron. Un segundo de silencio le bastó a Amanda para incorporarse y soltar el aire que había atesorado. Inspiró... el oxígeno era escaso. Intentó levantarse pero sus músculos no le respondían. El pecho le dolía y el corazón a penas se movía. La cabeza la tenía embotada y la vista comenzaba a mostrarle colores que no existían. Quería dormir. Quería tumbarse allí y descansar.

Un estruendo la sobresaltó. Buscó el móvil y lo enfocó hacía la dirección de donde había procedido el sonido. Una nube de polvo envolvió el haz de luz. Otra vez ese ruido que esta vez hizo temblar el suelo.

Amanda sacó fuerzas y se incorporó. Dirigió la luz hacía el lugar donde dos estanterías habían caído.

–Ahora es tu turno– susurró una voz en su oído provocándole un temblor generalizado y haciéndola caer al suelo de nuevo.

En el suelo Amanda dirigió la vista hacía lo que enfocaba la luz. No podía ser. Una chica con vaqueros y camiseta blanca estaba tirada frente a ella.

–¡Eh!– Amanda comenzó a arrastrarse.

Cuando estaba avanzando para socorrer a la chica, vio con terror que comenzaron a caer las estanterías una detrás de otra.

–¡Noooo! ¡Levanta!– le gritó.

Su visión cada vez era peor. Sus manos no parecían obedecerla. Se impulsó con la poca fuerza que le quedaba y llegó hasta ella.

Cuando la fue a tocar, su mano se hundió hasta el suelo rozándose con el linóleo. Vio que en las muñecas tenía unas rajadas que iban de un lado a otro.

Aterrorizada saltó hacía atrás.

La chica sonrió.

–Es tu turno.

Amanda la miró aterrorizada.

Trató de avanzar hacia fuera. Un sonido la hizo mirar hacia el techo. El móvil permanecía en el suelo con la luz hacía arriba y una sombra comenzó a cernirse sobre ella. Cerró los ojos y se tumbó.

Grave accidente

La tragedia no deja de golpear a la institución bibliotecaria. Hace cinco años el suicidio de una de sus trabajadoras levantó sospechas sobre las condiciones laborales de los trabajadores después de los recortes y ahora un accidente en los depósitos se cierna sobre los responsables de la seguridad. No saltaron las alarmas ante el cierre de las puertas de los depósitos. Nadie se explica como se puso quedar encerrada allí una trabajadora.

El director de la institución ha comunicado a la prensa y a la familia de la víctima que hará todo lo que este en su mano para aclarar los hechos ocurridos.

Esperamos que esta vez el nuevo director este a la altura. Después de que él fuera el responsable de la otra trabajadora cuando se suicidó. Los rumores de que era demasiado estricto con sus trabajadores no importó para que tres años después fuera nombrado director de la misma. Desde que llegó ha solventado las dudas en cuanto a fallos en la misma y los rumores de sus supuestos escarceos con trabajadoras fueron acallados cuando se casó con su compañero desde hacía cinco años.

A. T.